

MICHELA NACCI

# Simone Weil

Traducción de  
Lidia Suárez Armaroli

**Michela Nacci** es profesora de Historia del Pensamiento Político en la Universidad de Florencia.

## NOTA DE LOS EDITORES

¿Cómo y hasta qué punto han contribuido las mujeres a conformar el pensamiento político? Quien busque la respuesta a esta pregunta en los manuales universitarios quedará perplejo: aparte de en contadas excepciones, es muy difícil encontrar nombres femeninos en los textos que recorren la historia del pensamiento político moderno y contemporáneo. Una ausencia aún más llamativa si tenemos en cuenta el gran número de trabajos especializados hoy disponible, dedicados a figuras relevantes, en particular a las mujeres que, desafiando el tradicional monopolio masculino, supieron hacerse notar en los ambientes socio-culturales y en los sectores profesionales —desde la ciencia a la política, del deporte al mundo empresarial— de los que por tanto tiempo fueron excluidas a causa de los prejuicios.

De la constatación de esta ausencia, que testimonia un retraso no exento de culpa, nace la idea

de esta colección: una serie de estudios dedicados a pensadoras y teóricas de la política, redactados de manera depurada y eficaz, fruto de recientes investigaciones confiadas a estudiosas y estudiosos de la disciplina. De esta manera se bosqueja una primera panorámica de la fundamental contribución femenina al desarrollo teórico y conceptual, a la deconstrucción y resignificación de los grandes temas que atraviesan «lo político». Un trabajo que aproxima, aunque no siempre coincide, a la historia del pensamiento feminista, de la perspectiva de género y de la emancipación de la mujer, y que permite formar un enfoque novedoso, quizás solo por desconocido, de la instauración de la «modernidad política» que —bajo la mirada de estas pensadoras— se muestra todavía más condicionada por una miríada de aporías.

*Cristina Cassina,  
Giuseppe Sciara,  
Federico Trocini*

**I. ¡No he  
parado de  
bailar!**



El género «biografía» puede ser definido de muchas maneras diferentes: se puede ver como el que desvela los detalles más íntimos del personaje biografiado (quizá porque los detalles son indicios de cuestiones de relieve); puede pasar por encima de los acontecimientos estrictamente privados, e incluso obviarlos si se prefiere dar cabida solo a acontecimientos públicos. Por regla general, una buena biografía intenta hacer ambas cosas. Las dedicadas a Simone se caracterizan por la atención que dedican a un tema habitualmente poco presente: el vestido. El hábito no hace al monje, dice el refrán, pero es la imagen con la que explicamos a los demás lo que nos gustaría ser (o cómo nos gustaría que nos interpretaran). Según Marie-Magdeleine Davy, a Simone no le preocupaba la apariencia: «En el instituto Victor Duruy las compañeras la recuerdan como una joven con grandes capacidades, seria, casi grave, que sorprendía

porque a la edad en la que las jovencitas son más bien coquetuelas, Simone Weil no se preocupaba en absoluto del bien vestir» [Davy 1964:18-19]. Por el contrario, si hacemos caso a Georges Hourdin, se preocupaba mucho, pero porque no quería ni sobresalir ni darse importancia. Este biógrafo, que no la ha conocido pero que fue amigo de sus padres, se pregunta: «¿Quién era, pues, aquella joven (mujer) arrogante, fanfarrona, genial, en guerra contra la injusticia y la opresión, convencida hasta la aniquilación del deseo de lo absoluto?». En el instituto

Simone Weil empezó a ser ella misma gracias al modo de vestir, a la voluntad de originalidad y de demostrar pobreza que era parte de sí misma, y gracias al deseo de masculinizarse. La joven apasionada, alegre, sedienta de conocer la amistad perfecta, se tensaba y endurecía cuando encontraba el amor humano, porque había decidido que quería cambiar el mundo, y que hubiera en él un poco del amor absoluto por la justicia que la atormentaba [...]. Era necesario, en igual medida, que su aspecto la neutralizara y la liberase del tiempo que pierden muchas mujeres con la intención de hacerse seductoras. Prefirió desde muy joven la gorra, el chal, la camisa de hombre con un color neutro, el traje gris, las medias de lana, los zapatonos sin tacón que la hacían reconocible a cincuenta metros de distancia y que le daban andares de monje o soldado. No tenía el



aspecto de una joven fascinante, eso era seguro. Sin embargo, puede llamar la atención que sus padres, la madre ante todo, se prestaran a aquel juego y la consideraran, de vez en cuando, una especie de segundo hijo. Alain la llamaba «la marciana» [Hourdin 1992:13 y 18-19].

Muy pronto, y lo mantuvo toda la vida, Simone deja de lado las cuestiones sentimentales y los comportamientos femeninos. Escribe en *Lettre à une élève*:

Cuando tenía tu edad, y de más mayor, cuando tenía la tentación de intentar conocer el amor, la he alejado de mí, me decía que era mejor no arriesgarse a organizar la vida con algo imprevisible antes de haber alcanzado un grado de madurez que me permitiera saber exactamente qué pedirle a la vida, qué espero de ella [Canciani 1984:39].

Aclara, además, que el amor se traduce indefectiblemente en depender de otro o en convertirse en árbitro de la vida de otro. Algo inaceptable visto que dominar y ser dominado es exactamente lo que Simone cree que funda todas las relaciones que se dan en el mundo.

Simone no quiere ser (ni que la consideren) una mujer. Se trata de una característica que no parece importarles lo más mínimo. Estamos acostumbrados, cuando nos acercamos a una intelectual

contemporánea, a encontrarnos con trazas más o menos consistentes acerca de su identidad femenina. No todas son Simone de Beauvoir, pero una cierta conciencia de lo que conlleva ser mujer en una sociedad de hombres es frecuente en quien como oficio tiene el pensar y el escribir. No es así con Simone Weil: en sus libros y artículos, en las cartas, en la vida descrita en las biografías que se le han dedicado, no habla nunca (con alguna rarísima excepción cuando es operaria) de sí misma como mujer. Habla de su cuerpo, pero no para hacer de él objeto de reflexión: el suyo es débil y ella conoce los límites que tiene. Padecerá migrañas toda la vida, tan fuertes que la postrarán; es miope, mucho. Sabe que no es robusta y, cuando trabaja en la fábrica, se da cuenta de que no podrá seguir con el trabajo durante mucho tiempo. Concentra la ironía en la torpeza que, según ella, la caracteriza, y de las frases destilan algunos estereotipos familiares. En 1933 escribe a la familia: «En Saint-Étienne he acudido al baile de los mineros, en la fiesta de Santa Bárbara..., ¡y no he parado de bailar! (con los mineros). Y me han felicitado por mi manera de bailar. ¿Lo habrán hecho por amabilidad o porque iban borrachos?» [Pétrement 1994:248-249]. En efecto, en aquella ocasión la invitó a bailar uno de los jefes de los mineros: «Se sorprendía de ser incapaz de hacer

que la muchacha siguiera los pasos, de que esta no conociera ni los ritos de los bailes populares ni los pasos y ritmos más elementales de los bailes más sencillos. Ella no confesó a los mineros que se aburría en el baile y que no le gustaban sus orquestas tipo jazz» [*ibidem*]. Cuatro alumnas de las clases de filosofía que la tuvieron como profesora en Le Puy recuerdan:

La inelegancia natural, el sombrero [...] que sustituyó luego por una gorra, fueron motivo de risas, que no fueron más allá de las primeras clases [...]. La negligencia en el vestir no nos molestaba: no era ni ostentosa ni masculina, le dimos una importancia cada vez más relativa porque intuíamos que Simone Weil dedicaba el tiempo y la cabeza a ocupaciones de otro nivel [...]. Los gestos tensos, sobre todo con las manos, las expresiones particulares del rostro, cuando se concentraba, la mirada penetrante a través de los gruesos lentes, la sonrisa, todo en ella era franqueza absoluta, olvido de sí, y revelaba una nobleza de ánimo que fue, sin duda, el origen de los sentimientos que nos transmitió, pero del que no nos dimos cuenta de inmediato [*ibidem*, 119].

Los demás, no obstante, la tenían por mujer, y sobre el modo particular de ser mujer de Simone no ahorran comentarios. Juzgan el vestir masculino, severo y siempre idéntico, el comportarse de manera especial, independiente, el pelo despeinado, la falta

de coquetería. Es normal que esto suceda visto que Simone es mujer en un mundo de hombres y que en este mundo ella quiere ser un personaje que no se quede en segundo plano. La pregunta que se hace, no expresamente pero no por eso menos clara, es: si ellos pueden, ¿por qué yo no? Idas y venidas nocturnas, reuniones quizá peligrosas, uso de la palabra en mítines y asambleas, clases dirigidas a un público casi completamente masculino, viajes a países poco seguros, como a Alemania poco antes de que Hitler se haga con el poder o a la Guerra Civil española, amistad con mineros, obreros y campesinos. Simone no rehúye una sola experiencia habitual en los hombres.

Las actitudes y comportamientos, las decisiones que tomó, testimonian en Simone una independencia y una libertad completamente fuera de lo común. Podría decirse que, Simone, el rechazo al papel subordinado de la mujer lo llevó a cabo y lo vivió, pero que no necesitó pensarlo. Es su manera de ser: lo aplica a todo, a la política y a la religión, y demuestra ser consciente cuando le escribe a su hermano André: «No me interesa tanto la matemática como los matemáticos, y así en todos los campos» [Weil 2018:12].

¿Qué idea tiene la gente de Simone? Hay quien (Célestin Bouglé, director de la École Normale

Supérieure a la que ella asiste) la define «la virgen roja», para remarcar una forma de ser contra natura y fanática. Simone Pétrement, amiga y luego biógrafa de Weil, narra el siguiente episodio: «Antes de los exámenes corrió el rumor de que Bouglé había dicho: “Tal y cual pasarán de curso. Por su parte, a la virgen roja la dejaremos preparar en paz las bombas para la gran noche” [...]. Se decía que Bouglé quizá dijo después de los exámenes: “Mandaremos a la virgen roja lo más lejos posible para no tener que volver a saber nada más de ella”». La biógrafa comenta: «De hecho, la mandaron bastante lejos, pero estaba equivocado si creía que no iba a saber nada más de ella» [Pétrement 1994:113-114]. En un texto de Weil se hace referencia al apodo: «En la École Normale, de 1928 a 1931, manifestaba gustosamente sentimientos no conformistas, quizá con un poco de exceso, como sucede a menudo a los veinte años. Por eso Bouglé me puso el mote de “la virgen roja”. Por desgracia, no me he librado jamás del apodo, sobre todo en el ambiente de la enseñanza pública» [citado en Pétrement 1994:160]. El último día del congreso de la Fédération Unitaire de l'Enseignement, que se celebra en Reims entre el 5 y el 7 de agosto de 1933, la discusión se centra en la actitud de la URSS acerca de Hitler, y Simone interviene con palabras precisas y críticas. La biógrafa recuerda:

Según Madame Weil, los estalinistas intentaron interrumpirla y acallarla. Hubo de gritar para hacerse oír, y cuando volvió de Reims estaba completamente afónica. Dice Jean Rabaut: «Me parece oír todavía la voz de un joven estalinista gritarle “víbora”. Madame Weil afirma que, en un cierto momento, los comunistas subieron al estrado y avanzaron hacia ella con intención de golpearla, pero que sus compañeros la rodearon y la protegieron» [*ibidem*, 230-231].

En el curso de una discusión con Trotski en las Navidades de 1933, que alcanza bien pronto tonos muy agrios, uno de los asistentes comenta: «¡Una jovencita que se enfrenta a Trotski!» [*ibidem*, 253]. Nadie olvida que es una muchacha, una mujer joven, una mujer, y que hace cosas que no se esperan en una mujer. En la biografía que escribió Pétrement, después de los conocidos como «acontecimientos de Le Puy», es decir, después de que Simone encabezara una rebelión de obreros despedidos: «Una amiga católica de Madame Antériou oyó que en la catedral de Le Puy un cura lanzó un sermón contra Simone. Madame Antériou oyó luego en el tren que alguien decía: “Parece que el Anticristo esté en Le Puy. Es una mujer vestida de hombre”» [*ibidem*, 157].

Hiriente es la descripción que hace Georges Bataille, en la que reaparece la palabra «virgen»:

Era una joven de veinticinco años, fea, visiblemente sucia [...]. Era rara, bastante ridícula. Era difícil explicar por qué me interesaba. Era necesario suponer que se debía a un trastorno mental [...]. Vestía de negro, trajes mal cortados y sucios. No llevaba sombrero, el pelo corto, encrespado y despeinado, parecía las alas de un cuervo que le cubrieran la cara [...]. Lo que más me interesaba era la avidez malsana que la empujaba a dar la vida y la sangre por la causa de los desheredados. Pensaba: será la sangre pobre de una virgen sucia [Bataille 1957:36-38].

Ni siquiera Gustave Thibon, amigo íntimo, puede hacer oídos sordos a las rarezas de Simone. Tenía una originalidad —observa—, «no solo visible, sino también vistosa, provocadora, casi agresiva» y, se tratase de asuntos del cuerpo o del alma,

desconocía completamente buena parte de los usos y costumbres de la vida social, desde el arte de vestir hasta el arte de gustar [...]. No entendía nada de vestidos o de moda y, por eso, su aspecto (el físico y el moral) llamaba tanto la atención y desafiaba el sentido común [Perrier y Thibon 2000:27-28].

En definitiva, se la podía ver por encima o por debajo de lo que se consideraba la normalidad, pero nunca coincidir con esta.

El riesgo que corre Simone es que sus obras queden aplastadas bajo el peso de la vida. Las decisiones radicales que llevó a cabo, los sufrimientos que decidió soportar, la pasión que puso en las investigaciones y en los escritos que dejó, el modo de decir la verdad hasta el final (la verdad sobre sí misma y el mundo, y decírsela a sí misma y a los demás), una personalidad tan determinada, pueden hacer que los escritos que nos ha dejado queden un poco en segundo plano y a merced de aquellas. Sería una lástima, pues creía en sus escritos y no dejó de escribir febrilmente hasta el final; sería una lástima porque sería pasar por alto sus ideas políticas, sociales, culturales, artísticas, religiosas. Lo que intentaremos hacer en estas páginas es recorrer el pensamiento político de Simone a la luz de su vida, de su época y, podría decirse, de sus «hábitos».